

19. LA TORRE DE LA DESTRUCCIÓN: EL GOLPE DE LIBERACIÓN.

Yo soy el Señor y no hay otro.

Yo formo la luz y creo la oscuridad.

Yo hago la paz y creo el mal.

Yo, el Señor, hago todas estas cosas.

Isaías

El triunfo dieciséis representa dos figuras humanas lanzadas violentamente desde la torre de un faro (fig. 70). Parecen asombradas pero ilesas. La torre en sí misma no ha sido demolida, pero una llama de luz, una lengua de fuego, chocó con la corona de oro que le servía de tejado.

Quizá la primera imagen con la que se asocia esta carta es la de la Torre de Babel, un edificio construido por Nemrod para asaltar el cielo. Según el relato bíblico, este acto impío de Nemrod provocó la ira y la venganza de Dios. La confusión de lenguas en la tierra fue el resultado que produjo. La conexión entre esta torre del Tarot y la de Babel es posible, pues las dos figuras humanas aquí representadas tentaron la ira del cielo, siendo lanzadas desde su posición de elevada seguridad a otra de peligro y confusión.

Lo que hizo que el acto de Nemrod fuera doblemente impío fue <lue las torres de la antigua Mesopotamia, lejos de ser construidas como fortalezas que desafiaron al cielo, se construían generalmente como templos de adoración. Su función era elevar la mente y el corazón del hombre y proporcionar los caminos por los que des-endieran del cielo los bienes, asegurando la intercomunicación entre los reinos celestial y terrenal. De acuerdo con un antiguo mito, una ruptura entre los Padres del Mundo (cielo y tierra) se produjo en el principio de los tiempos y se pensó que construyendo estas torres podría subsanarse la ruptura, y restaurando el contacto fructífero entre estos dos poderes podía restablecerse la interacción entre los dos poderes primarios. Simbólicamente, pues, una torre se concebía como vehículo para conectar el espíritu y la materia. Al proveer una escalera mediante la cual los dioses pudieran descender y los hombres ascender, evidenciaban la idea de la correspondencia entre los órdenes terrenal y celeste. La antigua idea sumeria del orden cósmico la amplía a continuación Alfred Jeremias como sigue:

«La totalidad del cosmos se considera como impregnada por una vida única, de manera que se reconoce la armonía existente entre lo de arriba y lo de abajo, entre el ser y el devenir. El Pensamiento informador del mundo sumerio puede resumirse en: “lo que es arriba es abajo”, y de esta forma se proyectan las dos direcciones del movimiento espiritual: lo de Arriba baja, lo de Abajo sube...

»Más aún, la totalidad de Arriba y Abajo se considera llena de una presencia espiritual divina que pasa como “energía celestial” de Arriba a Abajo.»¹

La Torre del Tarot no fue construida como escalera para las «energías celestiales». Parece ser más bien una pequeña torre habitada por dos personas. Esta cubierta de arriba no permite la entrada a ningún visitante procedente del cielo, así como tampoco al calor ni a la iluminación. Los dos que construyeron este edificio lo coronaron rey, indicando de esta manera no reconocer autoridad ninguna por encima de su propia creación. No vemos puertas en esta estructura por la cual puedan salir y entrar ni recibir visitas, y sus ventanas son muy pequeñas.

Podemos imaginar fácilmente cuán aislada y oscura era la vida de los dos habitantes de esta torre, construida por encima de la madre tierra, pero aislada de cualquier ser humano y protegida de las divinidades. Deben de haber vivido en ella como prisioneros. Sin duda alguna, sus cabezas y corazones eran tan fríos y oscuros como lo que les rodeaba, y asimismo permanecían cerrados a cualquier posibilidad de intervención milagrosa. Para conseguir tal cosa, los dioses tenían que buscar un modo de entrar en ella, aunque fuera

por la fuerza. Decían ya los antiguos, a propósito de esto: «vocatus atque non vocatus, deus aderit» (llamado o no llamado, Dios está ahí).

El título francés es La Maison Dieu (La Casa de Dios). Comentan algunos autores que este título surgió accidentalmente al transcribir mal el nombre original de la carta, La Maison de Feu (La Casa de Fuego). Si fue así, fue un accidente afortunado pues, como sucede a menudo con los deslices de la lengua o de la pluma, que traen consigo significados ocultos, parece recordarnos que la función verdadera de la torre es la de un lugar de adoración, además de una habitación terrenal para los dioses. Todas las «casas de los dioses» (templos, iglesias, monasterios, conventos) ofrecen tradicionalmente un refugio seguro para los que se encuentren enfermos del alma o del cuerpo. Incluso los criminales que busquen acogida en la Casa de Dios tienen garantizado el asilo. Por esta razón la Casa de Dios incluye el significado de «hospicio», «hospital» y «asilo». Visto en este contexto, podemos pensar que las dos almas enfermas de este dibujo han sido liberadas de su encarcelamiento forzoso, más que arrojadas de su propio hogar. Retrospectivamente, el efecto de este rayo en sus vidas parece mágico. Los poderes mágicos de este rayo se nos muestran en la lluvia de bolas multicolores que desprende y que nos recuerda las que usan los magos o malabaristas. Indican que, pase lo que pase, es un hecho milagroso y organizado por un gran mago. El arco iris de colores de estas bolas nos sugiere la alianza entre Dios y el hombre en el Antiguo Testamento. Parecen indicar que, a pesar de las apariencias, la Deidad está comprometida en el bienestar de estos dos desgraciados del dibujo.

La iluminación se ha experimentado siempre como un símbolo de la energía divina, una fuerza numinosa procedente de Dios. Representa un poder desnudo y la iluminación es su forma más Primitiva e inmediata. Procede del cielo para tocar las vidas de estos dos mortales del Tarot directamente, sin la mediación del Mago y su varita, ni del Emperador y su cetro, ni del Papa y su báculo.

Los héroes griegos, así como los dioses menores, temían al rayo, pues procedía de Zeus; en los diagramas antiguos del Árbol de la Vida cabalístico, también se representa el rayo como una fuerza divina que conecta entre sí los sefirot. En el arte cristiano el Espíritu Santo también se representa alguna vez como una lengua de fuego celestial. Ser tocado por el rayo significa, simbólicamente, ser tocado por la mano de Dios, y marca por siempre al escogido como alguien merecedor de atención especial. Esculapio, tocado por el rayo de Zeus, llegó a ser conocido más tarde como el dios de la medicina. Hablando de este hecho, Artemidoro dijo: «Ninguno de los que han sido tocados por el rayo queda sin fama. Algunas veces, llega incluso a ser honrado como un dios».2

Los dos mortales de nuestra carta podían no estar destinados a ser dioses, pero es cierto que no han permanecido anónimos, pues varias generaciones estudiaron esta antigua carta buscando su significado oculto. Debido a un golpe de luz, parece ser que la personalidad de estos dos sujetos llegará a ser conocida por nosotros y posiblemente también por ellos mismos, en forma de iluminación.

Según Plutarco, el relámpago fue el origen de la vida. Él lo vio como un falo celestial que fertilizó las aguas primaverales con su energía primitiva. Esta intuición se ha visto confirmada por algunos científicos actuales, quienes cuentan que la primera vida surgió del agua al contacto con un relámpago. La idea del relámpago como poder dador de vida está reflejada en esta carta del Tarot, donde la torre de ladrillos, al igual que la cascara dura de una nuez, es golpeada para liberar los dos «huesos» que vivían en ella, haciéndolos caer al suelo. Será ahí donde posiblemente enraicen, comenzando una nueva vida. En la mayoría de las cartas del Tarot el relámpago se dibuja como un zig-zag dentado, rayo que cruza el cielo de manera furiosa repartiendo destrucción sobre todo lo que toca.

La baraja de Marsella muestra el relámpago en su más benigno aspecto creativo. Parece aquí como si tuviera plumas, cualidad espiritual no distinta a la que expresa el propio rayo de la fotografía que podemos ver en la figura 71. Una pluma es suave al tacto, es además sorprendentemente fuerte y duradera. «Podrías haberme golpeado con una pluma», decimos cuando la imagen que tenemos de realidad es muy distinta de la actual. Cada vez que utilizamos es a metáfora revelamos al mundo (no necesariamente a nosotros mismos) que nos encontrábamos en un estado precario de desequilibrio psíquico antes de que nos tocara la pluma: que estábamos maduros para la caída.

Eso también es cierto para los dos habitantes de la Torre, cuyo reciente encarcelamiento indica obviamente un estado de desequilibrio psíquico. Parece evidente que si este espíritu emplumado no llega a tocar sus vidas, su destino habría sido una caída más drástica que la que aquí se representa. Es fácil reconocer que esa evacuación forzosa de su fortaleza es una gracia salvadora más que un castigo merecido. Podemos entender que, al igual que Faetón, fueron elegidos para evitar la destrucción de su universo. Estas figuras podrían decir que su universo está siendo destruido, pero en lo más profundo de su inconsciente yace una sabiduría que está más allá de su conocimiento. El lenguaje de su cuerpo nos explica que están dando un salto mortal. Nos recuerda esto que, al ver al Colgado, la carta número doce, desde el aspecto de la eternidad, estaba «realmente» bailando unajiga. Si pudiéramos preguntar a los habitantes de la torre por qué estaban dando este salto mortal, probablemente negarían que lo estuvieran haciendo. Este tipo de personas vive demasiado arriba en sus mentes, para darse cuenta y comprender el lenguaje de su cuerpo. Pero nosotros, como si estuviéramos sentados en el escenario, al ver esta figura de ballet podemos observar la coreografía de este salto mortal. Expresa la libertad y la alegría de la primavera: su movimiento circular sugiere la energía del Loco y la potencia de la plenitud. Más importante todavía, indica que son aún capaces de enfrentarse a algo. Los acróbatas que ejecutan estos saltos salen de cara, hacia adelante, hacia una nueva dirección.

Algunas de las ideas aquí expresadas quedan subrayadas en la Torre de la Destrucción, número dieciséis, que (lo mismo que el cuatro, el siete, el diez y el trece) es uno de esos números mágicos que se reducen a uno, marcando el fin de una fase de desarrollo y el advenimiento de una nueva. La fase psicológica que finaliza tan espectacularmente aquí viene simbolizada por la torre.

Una torre es una estructura construida por el hombre. Es alta, rígida, duradera y a prueba de todo elemento. Es útil para la defensa, la protección, la observación y el retiro. Dicha torre puede también utilizarse como faro que proteja de peligro, plataforma que llame a oración o pedestal desde el cual arengar a la multitud. En la actualidad, las arengas políticas y otras formas de propaganda se emiten desde torres que constantemente mandan sonidos y noticias e imágenes que engañan nuestras mentes.

Las torres se han utilizado como prisiones, algunas veces muy conscientemente y en otros tiempos de una manera más sutil. En la actualidad, por ejemplo, en nuestras ciudades millones de seres humanos se hallan literalmente prisioneros en el hormigón. Es asombroso pensar en la cantidad de funcionarios cuyos pies nunca tocan el césped verde y nunca están en contacto con el calor y la humedad de la tierra. Estas personas descienden cada mañana de sus apartamentos (de sus torres) a un garaje subterráneo desde donde conducen su coche hasta otro garaje, subiendo en ascensor a una nueva torre, donde se halla su oficina y donde pasan sus días. Al llegar la noche, se invierte el esquema y, como ratas presas en una jaula de hormigón, cada uno encuentra el camino en la oscuridad que le devolverá a su propio círculo.

Podemos imaginar el efecto que esta rutina diaria produce en un organismo vivo, pues quien vive exclusivamente en lo alto pierde el contacto con sus compañeros e, inevitablemente, con los aspectos instintivos y terrenales de sí mismo. Se aísla. La visión panorámica, estadística e intelectualmente, tiende a evitar el calor personal y el contacto con la vida diaria. Sin duda alguna, los habitantes solitarios de estas torres se inscriben por centenares en encuentros de grupo, en clases de sensibilidad, donde por una cuota se les permitirá andar descalzos por el césped y se les instruirá en el arte de tocar y comunicarse con los demás.

Psicológicamente hablando, muchos de nosotros vivimos «allá en lo alto», prisioneros en torres ideológicas de nuestra propia construcción; pues la torre puede simbolizar cualquier construcción mental, sea política, filosófica, ideológica o psicológica, que hayamos construido los humanos, ladrillo a ladrillo, a fuerza de palabras e ideas. Al igual que sus oponentes físicas, estas torres son útiles para protegerse contra el caos, para retiros ocasionales y como lugares apropiados donde meditar sobre actitudes diferentes más amplias. Son útiles, siempre que nos permitan espacio suficiente para una pequeña remodelación de vez en cuando y siempre que mantengan sus puertas abiertas de modo que podamos entrar y salir a voluntad. Pero si construimos un sistema rígido de cualquier tipo y lo coronamos rey, entonces nos convertimos en sus prisioneros. No somos libres, pues, de movernos ni de cambiar con el tiempo, así como tampoco somos libres de establecer contacto con la tierra ni de ser «tocados» por las distintas estaciones. Algo así debe de haberles sucedido a los dos habitantes de esta figura, pues su edificio carecía de puerta. Se habían encerrado a sí mismos. En estos casos, sólo un acto divino podía liberarlos. Esta liberación puede tomar la forma de una enfermedad seria, física o espiritual, de un violento cambio de fortuna o de otro cataclismo que los haga «descender a la tierra».

Todo cambio físico importante se experimenta como un acto de violencia. Nos resistimos al cambio. Si mantenemos una actitud rígida, es entonces cuando puede suceder el cataclismo. Los dos nombres aquí dibujados se hallan todavía en estado de shock. No saben todavía lo que ha sucedido, pero nótese cómo, al igual que animales enfermos, buscan instintivamente las dos plantas verdes que se hallan al pie de la torre. Nótese también que la torre no es destruida, solamente queda desposeída de su corona. Al igual que Nemrod, quizás estos dos seres programaron su torre para llegar al cielo. Ahora, finalmente, conocen sus limitaciones. La torre de Nemrod fue reducida a una loca «babel» sin sentido. Su torre no ha sido destruida, pero ya no es soberana. Ahora está abierta a la iluminación superior, procedente de arriba.

A los seres humanos representados en esta carta, lo ocurrido les parece una catástrofe. Experimentan solamente el golpe y todavía no pueden ver la iluminación, está todavía detrás de ellos (en el inconsciente). Igual que Faetón, hijo de Apolo, que fue derribado por el rayo de Zeus por conducir el carro solar, estos dos seres experimentan este suceso catastrófico como un castigo infligido a ellos por una deidad furiosa. Éste puede no ser el caso. Según Ovidio, Faetón fue castigado no por ira ni como castigo, sino para salvar al mundo de la destrucción.

Al mirar esta carta desde nuestro privilegiado punto de observación, podemos ver que estos dos seres mortales son igualmente salvados de la destrucción psicológica y liberados de la prisión de su orgulloso egocentrismo. Simbólicamente hablando, habían construido para ellos una torre de pensamiento racional por la que pensaban escalar más arriba del mundo. Temiendo las responsabilidades individuales y las complejidades caóticas que involucran la elección moral, se habían retirado a un sistema de filosofía rígido, gracias a cuyas leyes generales todas las decisiones se efectuaban automáticamente.

En la carta precedente pudimos ver dos criaturas infrahumanas vinculadas inconscientemente al Diablo. Allí, el vínculo se podía adivinar como un instinto animal demoníaco (simbolizado en las alas de murciélago, las pezuñas, los cuernos y el rabo). A pesar de que esas criaturas no cayeran en la cuenta de sus partes animales, así como tampoco de las maquinaciones del Diablo, esto estaba claramente representado en la carta, significando simbólicamente que estaban cerca de la consciencia. No tenían más que darse la vuelta o mirarse en un espejo para verlo. Aparentemente no estaban preparados para hacerlo; sin embargo, construyeron para sí mismos o quizá tomaron prestada una filosofía similar a una torre, una construcción de ideas rígidas como ladrillos y unidas entre sí de manera permanente e inalterable; se encerraron en este sistema, prefiriendo vivir dentro de estos confines limitados a exponerse a los problemas morales y a las elecciones diversas que hubieran encontrado. Dentro de este edificio, estos dos perdieron todo contacto con sus características animales (por inconscientes que éstas fueran), ya que no salen en el dibujo.

En la carta anterior las dos figuras se hallaban desnudas, significando psicológicamente que muestran su naturaleza primitiva. En la Torre de la Destrucción cubrieron su auténtica identidad con el uniforme de la civilización. Mientras antes los veíamos esclavos de sus instintos demoníacos, en la Torre se convirtieron en prisioneros de su intelecto, igualmente demoníaco. Al igual que Satán, su orgullo intelectual les condujo demasiado arriba y, al igual que él, inevitablemente deberán caer. Quizá, como él también, traerán consigo nueva luz.

Por supuesto que estos seres caídos parecen demasiado involucrados en su problema inmediato para ver la luz, le dan la espalda. Cuando finalmente alcancen el suelo, seguramente estarán mucho tiempo curando sus heridas y quejándose de su destino. Al igual que Job, sin duda alguna, pasarán muchas horas lamentándose de la injusticia de Dios y clamando su protección. Pueden pasar años incluso, antes de que vean la luz del relámpago. Cuando esto suceda, su experiencia de lo Divino, al igual que la de Job, trascenderá toda lógica humana y toda discusión. En el fondo del inconsciente, la semilla está echada. Según explica Jung, la iluminación significa «un repentino, inesperado e irresistible cambio de condición psíquica».3 Esperemos ver los frutos de esta experiencia en las próximas cartas, tres de las cuales (la Estrella, la Luna y el Sol) nos muestran formas de iluminación celestial.

Uno de los éxitos posibles, resultado de nuestra meditación acerca de la Torre de Destrucción, puede ser un incremento de la comprensión en áreas de nuestra propia vida, donde nos encontramos en peligro de encarcelamiento psíquico; terrenos, ideas o actitudes que hemos coronado reyes. ¿Dónde limitan nuestra libertad? ¿De qué manera utilizamos los sistemas religioso, psicológico y filosófico para elevarnos sobre el resto de la masa humana?

Las Torres, la externa y la psicológica, se unen algunas veces de manera interesante. William Butler Yeats se retiró literalmente a una torre al final de su vida; allí, en absoluta soledad, examinó su alma y escribió bellos poemas. También dedicó mucho tiempo a recordar los años pasados; podría decirse que psicológicamente estaba prisionero en adoración de la juventud. En su poema titulado «La Torre» dice así: ¿Qué debo hacer con este absurdo,

¡oh, corazón, triste corazón! esta caricatura,
edad decrepita que me ha sido atada
como el rabo de un perro?...

.....

Me apoyo en las almenas y observo...

En nuestra cultura occidental hay muchos que se encuentran igualmente prisioneros en la adulación de la juventud. Oímos decir a personas mayores: «Bien, viví una buena vida», en tiempo pasado. Hablan como si sus vidas se hubieran acabado ya, lo cual es cierto si ellos lo sienten así. Con un poco de suerte, una iluminación puede un día liberarles de la «observación desde la almena» para conseguir olvidarse ya para siempre de su juventud.

De alguna manera uno puede sentirse momentáneamente prisionero en una construcción mental que le impida disfrutar de la vida libremente; por ejemplo, ¿cuando estás esperando el autobús o el metro te sientes prisionero de la idea de que no eres nada más que «una persona que espera»? ¿Te mantienes con rigidez, como una torre, mirando en lontananza, sin fijarte en lo que sucede a tu alrededor? ¿o bien estás relajado, abierto a visiones y sonidos que te rodean e interesado por los que pasan cerca de ti?

Algunas veces, cuando nos encontramos envueltos en una espesa nube que nos priva temporalmente de cualquier comunicación, de repente nos vemos lanzados fuera de nuestra preocupación, no por el golpe de un rayo pero sí por una pequeña descarga eléctrica, algo similar a un electroshock pequeño, pero bastante fuerte como para romper nuestra cascara y ponernos en contacto de nuevo con la realidad. Hace algunos años me sucedió algo que amplió la dimensión del significado de este Arcano del Tarot y me enseñó una aplicación práctica para utilizarlo.

Este incidente ocurrió en una conferencia de fin de semana a la cual yo había acudido básicamente porque uno de los conferenciantes era una mujer, la doctora X, a quien conocía poco y admiraba mucho. En la segunda mañana del curso, un pequeño grupo de nosotros, en el que se incluía la doctora X, nos vimos enzarzados en una viva discusión sobre las nuevas técnicas del tratamiento del cáncer. Yo estaba particularmente interesada en este asunto y, por supuesto, lo estaba también la doctora, quien tenía mucho que contarnos sobre las investigaciones realizadas en este campo. Por desgracia su discurso fue cortado por la campana que anunciaba la comida.

Más tarde, cuando me encontré sentada cerca de ella en la mesa del comedor, volví a tratar el tema de la conversación anterior, sabiendo que nos interesaba a ambas. La doctora X se volvió hacia mí diciéndome rápidamente: «Por favor, preferiría no hablar de esto ahora, mi mente se siente totalmente libre». La doctora X me explicó más tarde, cuando quiso añadir una explicación a su repentino cambio de humor, que había querido hacerlo antes sin tener oportunidad para ello, puesto que en el momento mismo de responderme alguien pronunció su nombre en el extremo de la mesa y se encontró inmersa en un recuerdo vivo sobre unos viajes Por Italia. Dado que la persona que tenía al otro lado en la mesa estaba también inmersa en una discusión, me encontré sola y con todo el tiempo necesario para explorar mis sentimientos heridos.

Me encontré atónita y asustada, exactamente igual que si hubiera sido herida por una descarga eléctrica. Me sentía como si me hubieran dado un golpe, una patada, y estuviera dando vueltas en el aire, como lo hacen los habitantes de la Torre del Tarot; e igual que ellos imaginaba ser una víctima. Me sentía «una persona inocente» escogida para ser castigada y humillada. Recé para que la comida acabara pronto y yo pudiera retirarme a un rincón a «lamer mis heridas».

Cuando esto sucedió, me encontré con que había una conferencia inmediatamente después de la comida, de modo que retrasé mi orgía de autocompasión y seguí con los demás hacia la sala de conferencias. Por suerte lo hice, pues cuando me senté pude ver en la tarima a la doctora X, quien iba a ser presentada para darnos la conferencia. Entonces entendí en un instante lo que había sucedido a la hora de comer. Por supuesto, justo antes de dar una conferencia, ella quería estar con la «mente totalmente libre», volando sobre la soleada Italia, mejor que inmersa en una conversación sobre un tema tan deprimente.

Cuando la vi delante de nosotros, hablando durante más de una hora y respondiendo a las difíciles preguntas que le hacían desde las butacas, agradecí mucho que hubiera tenido el buen sentido de protegerse de mi estupidez manteniendo el equilibrio frente a mi egoísmo. La doctora X y yo hablamos después y fui yo la que le pedí excusas por mi descortesía, contrariamente a lo que había pensado antes.

Podéis pensar que éste es el final de mi historia, y muy a menudo este tipo de historias finalizan en este momento. Después de todo ¿qué más hay que decir? Cuando se produce una confusión y ésta se aclara inmediatamente, se establece una comunicación que hace que el incidente se olvide fácilmente, como si nunca hubiera ocurrido. Pero algo ocurrió durante esa comida y yo quiero sentir lo que sucedió en aquella ocasión mientras aún está fresco en mi memoria. Por eso mi historia continúa.

Al llegar a mi habitación, cogí la carta de la Torre de la Destrucción y empecé a estudiarla. Deliberadamente, meforcé a revivir la sensación que experimenté en el comedor al ser golpeada por el rayo. La volví a experimentar y tuve la sensación de encontrarme desorientada, como si estuviera cayendo. Insisto en cómo me sentí personalmente, aislada de todos los demás. Al estudiar la carta del Tarot me di cuenta de que el rayo no se dirigía a las personas representadas en la escena, sino hacia la torre.

Las torres atraen a los relámpagos. ¿Quizá yo me había encerrado en una torre durante la comida? Simbólicamente usamos la palabra «encastillarse» u otras similares para denotar alguna cosa cuyas proporciones están más allá de la escala humana. Hablamos de alguien «encastillado» en su ambición, de alguien con un «ego monumental». Al pensar en ello, me di cuenta de cómo mi «preocupación» por este tópico había encastillado y hecho prisionero todo mi ser. Desde dentro de la formidable fortaleza de lo que me preocupaba, estaba sentada observando a través de las pequeñas ranuras, o mejor dicho manipulando a través de ellas, en busca de un rayo de luz para mi preocupación. Al igual que una linterna, mi mente inquisitiva podía ver solamente ciertos factores de lo que me rodeaba, dejando todo lo demás en la mayor oscuridad. Si mi mente hubiera estado más abierta, yo podría haber dedicado unos minutos a disfrutar del sol que teníamos en el patio mientras estábamos sentados, a apreciar el humor de mi compañero y a estudiar los actos del programa que tenía en el bolsillo, en el cual estaba claramente explicado quién iba a ser el siguiente conferenciante.

Una vez acabada la exposición del drama desde mi punto de vista, intenté imaginar cómo habría sido la situación para la doctora X. ¿Cómo podría ella comunicarse con alguien encastillado en una «torre»? Seguramente habría tenido que gritar muchísimo para que la oyera.

Al utilizar las cartas para sentir el significado de lo que está sucediendo, he encontrado útil estudiar la carta en cuestión y su relación en sentido vertical con las demás. En el caso de la Torre de la Destrucción, son el Ermitaño y la Papisa. Creo que esta técnica es particularmente útil en la meditación de mi contratiempo con la doctora X. Al estudiar el Ermitaño, me impresionó la fluida movilidad del fraile, así como su mirada abiertamente inquisitiva. Cuan vivo parecía a todo lo que se oye y se ve a su alrededor. Me di cuenta de que su luz no era la de una linterna con un rayo hiriente, sino la de una pequeña linterna que emite una luz difusa en todas las direcciones al mismo tiempo. Observé también que su linterna tenía pantallas para proteger a los otros de la luz cuando no es necesaria.

Miré entonces a la Papisa, la primera de esta segunda fila vertical. Ésta es un símbolo de paciencia, receptividad y obediencia al verdadero espíritu. Está sentada pacientemente, absorbiendo la atmósfera de su alrededor. No será ella quien inicie una conversación, y si lo hiciera sería solamente después de cerciorarse del humor de su prójimo.

Desde que se produjo mi affaire con la doctora X, he tenido algunas conversaciones con la Papisa, similares a las que escribí en el capítulo quinto de este libro. Es más introvertida que yo, de modo que me está ayudando a establecer contacto con mi propia introversión. De ella estoy aprendiendo cómo sentarme pacientemente al sol con alguien, incluso con un nuevo amigo, sin necesidad de sentirme obligada a conversar. Me ha enseñado también que incluso en una reunión de comité o de negocios, donde el tiempo es oro (quizás especialmente ahí), es importante compartir unos momentos de «sentirse libre» juntos, antes de sumergirse en la materia a tratar.

También tengo conversaciones algunas veces con el Ermitaño. De él he aprendido a distinguir la auténtica introversión creativa que nos proporciona una luz especial, de la negrura estéril de la fría torre de piedra. Antes de que yo aprendiera a imitar al Ermitaño, el inconsciente me forzaba a compensar mi extraversion unilateral, enviándome continuamente resfriados o enfermedades menores que me daban tiempo para la introversión necesaria e imprescindible para la salud y la armonía interior. Últimamente, mediante las conversaciones con el Ermitaño, he aprendido a mantener un equilibrio más consciente y voluntario entre mi lado introvertido y mi lado extravertido.

Con los dos habitantes de la Torre todavía no he tenido una conversación. Quizá sea porque ellos están todavía demasiado inmersos en su desgracia para ser capaces de dialogar. Quizá más tarde, cuando hayan digerido el maná coloreado que les llueve del cielo, sean capaces de hablar sobre esta experiencia. Quizá nos sintamos tentados de ofrecerles las teologías de los que pretenden consolar a Job. Miremos una vez más a estas pobres almas, tratando de ponernos en su situación. Todos nos hemos encontrado en ella alguna vez, y cada vez se produce de nuevo un sobresalto cuando nos lanzan fuera de nuestra seguridad imaginada. Algunas veces estamos tan asombrados que ni reaccionamos; otras veces reaccionamos inadecuadamente y a menudo de manera caprichosa.

Sirva como ejemplo de esta última frase lo que me contaron como historia real: una mujer que se encontraba en California el día del gran terremoto, no paraba de gritar: «Por favor, rescátenme a mí primero; ¡yo soy de Nueva York y no estoy acostumbrada a estas cosas!».